

Más palabras, más mundos: reflexiones en torno al «giro cultural» y a la geografía social*

Chris Philo

University of Glasgow. Department of Geography and Topographic Science
Glasgow G12 8QQ (Escocia). United Kingdom
cphilo@geog.gla.ac.uk

Data de recepció: juliol 1998
Data d'acceptació: setembre 1998

Resumen

En el contexto de las prácticas y debates en torno a la nueva geografía cultural, se ofrece ahora una valoración de los alcances del llamado «giro cultural» desde la publicación en 1991 de la obra *New Words, New Worlds: Reconceptualising Social and Cultural Geography*, sopesando los logros pero también los problemas que ha causado a los geógrafos humanos en el final del milenio. La principal intención es discutir la «des-materialización» y la «de-socialización» de la geografía humana que la nueva geografía cultural amenaza acarrear a la disciplina a pesar de los importantes avances de ésta última.

Palabras clave: giro cultural, geografía social, des-materialización, de-socialización, nueva geografía cultural.

Resum. *Més paraules, més mons: reflexions entorn del «gir cultural» i la geografia social*

En el context de les pràctiques i els debats entorn de la nova geografia cultural, s'ofereix ara una valoració de l'abast de l'anomenat «gir cultural» d'ençà de la publicació l'any 1991 de l'obra *New Words, New Worlds: Reconceptualising Social and Cultural Geography*, sospeçant els fruits assolits però també els problemes que han provocat als geògrafs humans a les acaballes del mil·lenni. La principal intenció és debatre la «des-materialització» i la «de-socialització» de la geografia humana amb les quals la nova geografia cultural amenaça la disciplina tot i els progressos observats.

Paraules clau: gir cultural, geografia social, des-materialització, de-socialització, nova geografia cultural.

Résumé. *Plus de mots, plus de mondes: des réflexions autour du «virage culturel» et de la géographie sociale*

Dans le contexte des pratiques et des débats autour de la nouvelle géographie culturelle et après la parution en 1991 de l'ouvrage *New Words, New Worlds: Reconceptualising Social and Cultural Geography*, on présente une évaluation de la portée de ce qu'on appelle «virage culturel» en sopesant les fruits atteints ainsi que les problèmes que ceux-ci ont provoqué aux géographes humains maintenant que le millénaire est à son terme. L'intention primordiale est de débattre la «dé-matérialisation» et la «dé-socialisation» de la géographie

* Traducido del original inglés por Perla B. Zusman.

humaine avec lesquelles la nouvelle géographie culturelle menace cette discipline malgré les progrès observés.

Mots clé: virage culturel, géographie sociale, dé-matérialisation, dé-socialisation, nouvelle géographie culturelle.

Abstract. *More words, more worlds: reflections on the «cultural turn» and social geography*

In the context of discussion and points of view on new cultural geography, the specific purpose of this paper is to provide an assessment of what this so-called «cultural turn» has managed to achieve since the publication of *New Words, New Worlds: Reconceptualising Social and Cultural Geography* in 1991. The paper weighs up both the achievements and the problems which it has raised for human geographers working at the end of the millenium. The main purpose is to discuss the «de-materialising» and the «de-socialising» of human geography which new cultural geography risks bringing into the discipline in spite of all its important advances.

Key words: cultural turn, social geography, de-materialising, de-socialising, new cultural geography.

Sumario

Introducción: la propuesta inicial y el «giro cultural» en geografía humana

Todo empezó en septiembre de 1991 cuando el entonces denominado «Grupo de Estudio de Geografía Cultural y Social Británica» organizó en Edimburgo el encuentro *New Words, New Worlds*. Poco después me hice cargo de una pequeña publicación titulada *New Words, New Worlds: Reconceptualising Social and Cultural Geography* (Philo, 1991a) en la que, además del documento central de discusión de aquel encuentro («De-limitando la geografía humana») se incluían también las ponencias preparadas por los miembros del Grupo (DD.AA., 1991), así como los textos de las conferencias y las conclusiones.

Mi deseo es ahora ofrecer algunas reflexiones en relación con los cambios que, tras aquella publicación, han venido sucediéndose en la investigación y los debates geográficos y que, de una forma u otra, se han ido vinculando tanto con la «nueva geografía cultural» como con el denominado «giro cultural» de nuestra disciplina¹. No es mi intención ofrecer algo así como un panóptico

1. Una primera versión de este texto fue presentada en el encuentro «Cultural Turns/Geographical Turns» celebrado en la Oxford University los días 16 a 18 de septiembre de 1997 y organizado por el Social and Cultural Geography Research Group del Institute of British Geographers.

general de este cambio en el paisaje intelectual: no quiero ofrecer la impresión de pretender dar una visión externa, como si estuviese en un satélite orbital con un «poder telescópico amplio» capaz de observar claramente todo lo que está sucediendo y que, aquéllos que están más próximos, no pueden detectar. Aún más, y siguiendo el espíritu de aquello que recientemente Cindi Katz (1996) ha denominado «teoría menor», quisiera ofrecer algunas reflexiones en sí mismas un poco dudosas, hacer preguntas más que emitir juicios definitivos. De esta forma, estaré menos próximo a las «grandes proposiciones teóricas» y más cercano a aquellos otros (muchos otros) geógrafos humanos de todo tipo que ahora están mezclando lo conceptual con lo sustantivo.

Una primera observación que quiero realizar es que la iniciativa *New Words, New Worlds* fue una pequeña gota dentro de una gran corriente. En sí misma, ciertamente, no fue un punto de arranque para una nueva serie de debates, ya que, en muchos aspectos, simplemente recogió un conjunto de cambios (referidos al enfoque, el tema de interés, el énfasis, el estilo, la política) que estaban teniendo lugar en (y, por supuesto, más allá) de la disciplina. La iniciativa que emergió de las reflexiones del Comité del Grupo de Estudios, reconoció que sus miembros estaban comenzando a pensar de maneras muy diferentes los mismos objetos acerca de «de lo social» y «de lo cultural» que perfilaron el nombre del Grupo de Estudio (no sería hasta finales de los años ochenta que el grupo cambió su nombre, pasando de llamarse de «Geografía Social» a denominarse de «Geografía Social y Cultural»). Por consiguiente, el propósito original de la iniciativa fue echar una ojeada crítica en la reconceptualización tanto de «lo social» como de «lo cultural» y, en este proceso, deshacer las implicaciones de lo que deberíamos realmente considerar como el alcance de los subcampos disciplinarios de la «geografía social» y la «geografía cultural».

Los elementos vinculados a este propósito pueden ser aún rastreados en la compilación *New Words*; sin embargo, retrospectivamente, la mayor meta de aquel ejercicio quizás consistió en un intento de elevar nuestra sensibilidad, en el sentido de que todos los objetos «culturales» pudieran alcanzar una posición más preeminente en los estudios referidos al conjunto de la ciencia geográfica (y no sólo en una o dos subdisciplinas claramente parceladas). Era necesario considerar, de una forma mucho más seria de lo hecho hasta el momento, todas las formas de los objetos que podrían ser interpretados como constitutivos de la cultura «material» de la vida humana, no sólo el fenómeno rutinariamente designado como cultural (por ejemplo, las artes cultas y los medios de comunicación populares), sino también el panorama completo de los sistemas de significados, tanto los colectivos (por ejemplo, las religiones y los nacionalismos) como los más individuales (montados a partir de las economías psíquicas personales).

En efecto, esta orientación de la geografía humana hacia el giro cultural fue sorprendentemente rica; obviamente ha tenido importantes ramificaciones tanto en la geografía social como en la cultural, pero indudablemente también ha enviado ondas de choque a lo largo y a lo ancho de la geografía humana, conduciendo a debates (más o menos explícitos, más o menos aca-

lorados) acerca de los méritos del cambio cultural dentro de las (llamadas) geografía económica, geografía política, geografía de la población, geografía ambiental y por todas partes. No es éste el lugar para detallar estos debates, pero insistiré en que nunca fue la intención original de aquella iniciativa darse el lujo de alzar cierto tipo de «fortaleza conceptual» en beneficio de la geografía cultural (ni del Grupo de Estudio). Sé que algunos comentaristas han visto las cosas de esta manera, pero ahora debatimos ciertas «consecuencias no intencionales» y, en efecto, personalmente reconozco que algunas de ellas no son del todo positivas. Por consiguiente, permítanme dar a conocer mi preocupación respecto a que, en ciertos aspectos, el giro cultural ha sido demasiado exitoso, se ha tornado demasiado hegemónico y ello ha llevado a los dominios de la (llamada) geografía política o económica a realizar demasiadas concesiones con el giro cultural. Esto quizás ha significado que hayamos perdido interés en ciertos dominios de la (llamada) economía y la política que indudablemente todavía deberían demandar nuestra atención porque resultan indispensables para las formas en que hoy las geografías humanas se encajan en el mundo externo a la academia. Más aún, iré más lejos a fin de sugerir que el éxito del giro cultural hoy está planteando algunos problemas al estudio de la geografía social (o dominio subdisciplinario donde inicialmente se engendró el giro cultural, al menos en Inglaterra) y es ésta verdaderamente la pretensión clave de mi trabajo aquí: la amenaza que el giro cultural representa para la geografía social.

Existen otros muchos aspectos introductorios que deberían ser presentados aquí, entre otros cabe destacar las diferencias entre la experiencia británica y la de la geografía norteamericana (donde el desarrollo de la nueva geografía cultural ha tenido que luchar además con la herencia de la escuela de la geografía cultural saueriana) y otras «escuelas» nacionales o regionales de geografía (incluyendo aquí las de la Europa continental). Igualmente, deben remarcar-se los movimientos recíprocos a través de los cuales el giro cultural en geografía se ha difundido en los dominios (multidisciplinarios) de los estudios culturales más amplios, mientras que, a cambio, ha sido estimulado por las corrientes que fluyen de tales campos.

Más que explayarme en estos puntos, permítanme subrayar solamente mi entusiasmo y fascinación (todavía no apagada) frente a los cambios que acompañan al giro cultural en geografía humana. En efecto, mi respuesta básica es de goce frente a la explosión de nuevos estudios que emergen bajo el paraguas un tanto laxo de la nueva geografía cultural. Pienso que toda esta renovación es importante, estimulante, y creativa de una nueva atmósfera en geografía humana que, de esta forma, ha arrasado con muchas de las telarañas de las convenciones, con el conservadurismo y aún con los prejuicios manifiestos. Por lo tanto, todos los comentarios críticos que hago en los siguientes apartados deben ser situados dentro del contexto de que mi percepción subyacente es que lo que está ocurriendo a partir del giro cultural en la disciplina es una cosa «buena», lo que no implica que estos cambios sean inmunes a la crítica.

Antes de entrar al corazón de mi trabajo me gustaría dar a conocer, en primer lugar, una o dos de mis preocupaciones más triviales. Por ejemplo, hay tantas cosas nuevas interesantes para leer contenidas en las páginas de las más «serias» revistas de geografía que resulta increíblemente difícil «mantenerse al día», retener aspectos ya sea del sentido del paisaje intelectual global o del conocimiento de las más detalladas excursiones dentro de este paisaje. También resulta difícil seguir el ritmo de los cambios que están ocurriendo dada la rapidez con la cual nuevas posibilidades de pensamiento y práctica vienen apareciendo en la literatura científica. Ello podría quedar más claro a través de un ejemplo personal: justo cuando estaba comenzando a entenderme con las posturas referidas a «otorgar voz» a los sujetos de investigación, particularmente a aquellos marginados, carentes de poder y de privilegios, comenzaron a plantearse una serie de preguntas de peso acerca de los presupuestos contenidos en las subjetividades unitarias autopresentes que pueden «otorgarse voz» a ellas mismas (gentileza de Gillian Rose y otros extraídas del psicoanálisis: véase, por ejemplo, Rose, 1997) y acerca de las políticas destinadas forzar a los sectores «subalternos» a tener una voz cuando pueden existir estrategias de silencio que sean más relevantes para ellos (gentileza de Clive Barnett y otros extraídas de Spivak, así como de la tendencia de la teoría crítica literaria; véase, por ejemplo, Barnett, 1997).

Podría objetarse que el ritmo de estos cambios es simplemente una cuestión de «estar en la última moda», o «continuamente triunfante» un peldaño más arriba en el mercado de las teorías, y supongo que éste es un elemento más del giro cultural. Aún así, pienso sinceramente que el antiguo modelo de «esgrima» académica ha desaparecido en el trabajo actual de las nuevas geografías culturales. De manera que estudios como los de Rose (1997) y Barnett (1997) están espiritualmente presentes en los aspectos complementarios (no menos importantes) que necesitan ser movilizados dentro de esta mezcla de esfuerzos, en lugar de que todos los tratamientos previos de determinadas temáticas sean totalmente desconsiderados tras la búsqueda de una renovación total.

Quisiera pasar ahora a realizar un conjunto de reflexiones más focalizadas, organizadas en dos secciones que se titularán «geografías des-materializadas» y «geografías de-socializadas». En el curso de las mismas también desarrollaré mi postura en relación con ciertos tipos de peligros vinculados con la forma, a través de la cual el giro cultural ha drenado parte de la sustancia constituyente de aquello que muchos de nosotros hemos acostumbrado a concebir como geografía social.

Geografías des-materializadas

En mi introducción a la compilación *New Words* (Philo, 1991b), hice una revisión de la prolongada trayectoria a través de la cual los geógrafos humanos han superado gradualmente su miedo a lo inmaterial y, en este proceso, abrieron posibilidades para el tipo de giro cultural que se está discutiendo actualmente. En la misma también hice alusión a que la meta final de las indagaciones de

la geografía humana tradicional, que cubrió la primera mitad de este siglo, yacía en pacientes contabilidades de fenómenos materiales obvios, tangibles y cartografiables que se hacían presentes a los sentidos (a primera vista) en la investigación geográfica. La geografía se mostraba concentrada en las modificaciones observables del ambiente natural (por ejemplo, la deforestación de un bosque) o en las producciones humanas igualmente observables en el paisaje (por ejemplo, campos cultivados, fábricas, asentamientos, rutas de transporte), pudiendo considerar todos estos fenómenos de manera individual (posiblemente rastreando sus determinaciones ambientales) o de forma más colectiva bajo la forma de configuraciones regionales distintivas. Sugerí también que la geografía que emergió entre 1950 y 1960 como una ciencia espacial respondió a esta obsesión con el mundo material, aunque traduciendo las configuraciones de los fenómenos materiales en representaciones geométricas más abstractas que, supuestamente, revelaban las verdades profundas de la organización espacial humana.

Raramente tales versiones de la geografía humana consideraron la posibilidad de que pudieran existir otros tipos de fenómenos de carácter inmaterial, que pudieran poseer tanto sus propias geografías distintivas (y significativas) o que pudieran ser relevantes para explicar gran parte de los patrones materiales que se estudiaban normalmente. Podríamos preguntarnos el motivo de esta aversión por lo inmaterial ¿Era esta aversión un simple producto derivado de una particular visión de la investigación científica, una visión positivista con un criterio estricto acerca de aquello que debía ser considerado como legítimo «candidato para existir» y con valor para atraer la atención científica? ¿O existe una historia más profunda que nos habla de la ansiedad de los primeros geógrafos frente a los misterios de lo invisible, apoyándose aquella historia «allí afuera» en las (llamadas) maquinaciones político-económicas del capitalismo sin el coraje necesario para cuestionarlo o «aquí dentro» en los (llamados) impulsos, deseos, latencias y obsesiones de la psique humana?

Esta narrativa es ciertamente parcial. En este sentido, es posible encontrar ejemplos de geógrafos anteriores que sin asustarse con lo inmaterial, o sin adscribirse completamente a éste, lo reconocieron claramente como algo que en algún momento se filtraría en la discusión. Pienso en Piotr Kropotkin (uno de los maravillosos primeros geógrafos anarquistas) interesado en el rol que mantienen las fuerzas materiales no inmediatas (como los estados burócraticos, los celos nacionales y los prejuicios raciales) a la hora de moldear las diferentes geografías humanas (Kropotkin, 1885; Mac Laughlin, 1986). Pienso también en los esfuerzos incansables de J.K. Wright por traer a escena las *terrae incognitae* de las imaginaciones humanas, desde las cruzadas hasta los indios americanos, como agregados «geosóficos» a la geografía humana tradicional (Wright, 1925; 1947), o pienso en las pretensiones provocativas de Jean Brunhes acerca de lo que ha llamado «el factor psicológico» que incluye los deseos colectivos con sus «apetitos espontáneos y deliberados» que intervienen entre los «fenómenos naturales y la actividad humana» (Brunhes, 1920). Todas estas tempranas experiencias en el pensamiento geográfico (juntamente con los escri-

tos de J. Wreford Watson; véase especialmente Watson, 1951), rastreados en mi colaboración en *New Words* anticiparon los últimos cambios de la geografía humana atenta al dominio de lo inmaterial.

Partiendo de las rutas paralelas seguidas por la ciencia espacial posterior a los años setenta, representadas, por un lado, por la geografía radical/marxista (con su atención puesta en la estructura social) y, por otro, por la geografía del comportamiento y humanística (con su atención puesta en la acción humana), los nuevos viajes trazados por ambas resultaron distanciados de la obsesión con lo material para entrar en las complicaciones de lo inmaterial. Ofrezco un esbozo de las mismas aunque no busco realizar un conjunto de generalizaciones insostenibles. Algunos podrían objetar que la primera ruta mencionada, la geografía radical/marxista, fue abiertamente materialista y ella no conllevó el encuentro con lo inmaterial que estamos sosteniendo. Dado que venimos hablando de un movimiento hacia un «materialismo histórico» marxista, subsecuentemente remodelado por muchos autores como «materialismo histórico-geográfico» y de una orientación que proclama sus bases analíticas y las operaciones elementales de los humanos en la naturaleza, entonces tal objeción parece estar justificada. Sin embargo, debería responderse que toda la arquitectura del pensamiento marxista (el trabajo teórico orientado a desvelar las estructuras de las relaciones sociales ocultas vinculadas con el control sobre los medios de producción) consiste en traer a la conciencia del académico (y quizá también a la del oprimido) la realidad de las estructuras que son en sí mismas inmateriales (en el sentido que no son inmediatamente accesibles a la aprehensión sensorial humana) pero que tienen efectos materiales dramáticos en el bienestar o en otras formas de la vida cotidiana de las personas.

Para los geógrafos del comportamiento y para los geógrafos humanos (de forma más obvia todavía), la consideración de lo inmaterial resultó más evidente, ya que estos estudiosos estaban dispuestos a llevar adelante investigaciones detalladas sobre el dominio sombrío de la percepción humana, del conocimiento, la interpretación, la emoción, los significados y valores, creando una veta rica para la investigación, para la cual términos como «mapas mentales» y «sentido de lugar» eran de ayuda, aunque resultasen taquigráficamente inadecuados. Detalles de este tipo no tienen importancia para mis objetivos. Sin embargo, el aspecto crucial es simplemente que el miedo a lo inmaterial fue roto. Bajo todo tipo de formas, desde una diversidad de perspectivas y con una diversidad de motivaciones conceptuales, metodológicas, políticas y de otros tipos, lo inmaterial comenzó a ser liberado en los estudios de los geógrafos humanos.

Considero que estas valiosas maniobras pavimentaron el camino para el giro cultural de más reciente cosecha. Otra vez estoy supersimplificando, pero lo que me llama la atención es que los horizontes más amplios de la geografía humana de finales de los ochenta que ha dado nacimiento al giro cultural, incluyeron una variedad de desarrollos que extendieron y, en muchos casos, redireccionaron las revoluciones marxistas y humanistas de las décadas previas (para una visión general, si bien parcial, de los muchos avances involucrados

aquí, véase Barnes y Gregory, 1997; Cloke, Philo y Sadler, 1991; Peet, 1998; los artículos en Johnston, Gregory y Smith, 1994). Las complejas reconsideraciones de la geografía marxista (la espacialización de los conceptos marxistas; los debates en torno a la reestructuración de las divisiones espaciales del trabajo y a los estudios locales; el advenimiento de las teorías de la regulación y del régimen; el encuentro con la crítica realista, las agitaciones en torno al postmarxismo) han creado un ambiente receptivo a los posibles impactos de los procesos de la cultura inmaterial en los espacios político-económicos.

Es verdad que muchos de los comentaristas no ven que el giro cultural tenga algo que ver con la geografía marxista y se dan cuenta de que muchos de los que podrían considerarse a sí mismos herederos de la geografía marxista pueden resultar hostiles a este giro cultural, pero yo sugeriría que mucho de lo que ha ocurrido dentro del giro cultural podría (mejor dicho, debería) rastrear sus puntos de referencia en los continuos diálogos entre el marxismo y la geografía mantenidos tan fructíferamente vivos por algunos como David Harvey, Michael Watts, Stuart Corbridge, Noel Castree y otros.

De forma más evidente, a pesar de las complejas reconsideraciones de la geografía humanística (la revalorización de la tradición del paisaje; el crecimiento de la atención en los sistemas de significados intersubjetivos; la fragmentación de la figura singular del «Hombre» al reconocer la tímida diversidad de las personas que ocupan este planeta; la nueva cartografía del (los) sujeto(s) humano(s); la llamada de atención en torno a la psicodinámica del género y la sexualidad), en conjunto han promovido el aumento de la sensibilidad frente a muchas de las dimensiones de la cultura material que participan en la realización virtual de todos los espacios humanos imaginables. Este furor frente a lo que algunos escritores están hoy calificando de «geografía poshumanística» alimentada por *inputs* de fuentes tan diversas como el feminismo, la teoría poscolonial, el psicoanálisis, la psicología social y la antropología cultural, ha sido central para el giro cultural (el cual, por supuesto, luego actuó como estímulo para posteriores préstamos y distribuciones entre tales fuentes intelectuales). En síntesis, y dicho brevemente en otros términos, lo que hasta aquí he reseñado resultan ser las fuentes que constituyen la materia que constituye el giro cultural.

Más allá de los detalles, mi postura se basa en que esta superación gradual del miedo a lo inmaterial dentro de la geografía humana puede ser trazada desde los antecedentes más antiguos, pasando por el entusiasmo provocado por las revoluciones marxistas y humanísticas, hasta llegar al completo ardor de lo inmaterial abrazado en las llamas del reciente giro cultural. Quiero reiterar mi aplauso por este resultado: marca una importante madurez en ciertas corrientes puestas en movimiento por generaciones de geógrafos buscando forjar algo más inclusivo y desafiante que aquello que fue ofrecido por las versiones tradicionales y científico-espaciales de la disciplina (aceptando aún la existencia de aspectos útiles de estas antiguas geografías que valía la pena retener o revisar).

Aún más, deseo señalar ahora algunas preocupaciones que yo (y otros) tenemos en relación con la des-materialización de la geografía humana: la preocu-

pación con los procesos culturales inmateriales, con la constitución de sistemas de significados intersubjetivos, con el juego de las políticas identitarias a través de formas cada vez menos tangibles, frecuentemente espacios fugaces de textos, signos, símbolos, psiques, deseos, miedos e imaginaciones. Me preocupa el hecho de que con la fiebre de elevar tales espacios en nuestros estudios de geografía humana, acabamos estando menos atentos a los más a lo «concreto», a aquello con que es posible que nos topemos, a las tercas «preocupaciones» de lo que ocurre allí en el mundo (lo material) con las cuales las tempranas geografías tendían a estar familiarizadas.

Un conjunto de personas que podrían ser identificadas como los nuevos geógrafos culturales ya han escrito mucho al respecto, siendo Don Mitchell (véase Mitchell, 1995) quizá el ejemplo más evidente. Más aún, tengo entendido que la re-introducción de lo material en la geografía humana es estimulada por los escritores que se inspiran en las reinterpretaciones del marxismo de Henri Lefebvre y, en este sentido, me ha gustado la reciente recuperación de Lefebvre que Virginia Blum y Heidi Nast hacen en torno al «énfasis otorgado por la acción corporificada» («Él pregunta quién sostiene el lápiz, quién está dando el puñetazo, quién ocupa las torres, etc.» Blum y Nast, 1996: 560).

También los escritos de Derek Gregory (1994; 1995; 1997) se ocupan de las historias de larga duración de los cuerpos y los espacios de Lefebvre. Esta mención de los cuerpos resulta útil ahora en tanto que varios autores están hoy reconsiderando aquel saber que debería ser reivindicado como las geografías carnales de «los cuerpos humanos» (como erupciones materiales en el espacio), ya que son disciplinadas dentro de ciertas posturas y conductas, inscritas en una miríada de valores y expectativas, y movilizadas como sitios posibles de resistencia y repositorios de significados contrahegemónicos. En este sentido, podemos encontrar múltiples contribuciones como aquellas de Louise Johnson, Julia Cream, Catherine Nash y también John Bale (éste último con su revisión infravalorada de la geografía de los deportes como aquel conocimiento preparado para considerar los triunfos y fracasos de «la cultura de los cuerpos» bajo diferentes regímenes deportivos; Bale y Philo, 1998).

Está claro que para los geógrafos aquí citados no se trata de una simple cuestión de acentuar lo material o lo inmaterial, sin embargo la fuerza de lo que ellos están haciendo está puesta en revisar las relaciones entre ambos: aún más, probablemente ellos insistan en la necesidad de ver lo primero en lo segundo y viceversa, al punto que la oposición binaria sea disuelta. El reciente giro «latouriano» de la geografía humana, ejemplificado a través de los excelentes trabajos de Nigel Thrift, Sarah Whatmore, Steve Hinchliffe, Jonathan Murdoch y otros, seguramente está tratando de alcanzar algo no muy diferente a esta propuesta de disolución de la oposición binaria (véase en particular Thrift, 1996).

Hasta aquí he adelantado algunas ideas aún bajo el riesgo de hacer algunas reivindicaciones que no pueda llevar un poco más allá en este trabajo. En su lugar, déjeme ser más específico en el cuestionamiento a la desmaterialización de la geografía humana y permítanme hacer a través de considerar dos

trabajos aparecidos en una edición muy reciente de *Society and Space*: la elección de estos dos artículos fue bastante aleatoria, simplemente reflejan el hecho que he leído ambos hace poco. Sugeriré que los dos son buenos trabajos, cada uno en lo suyo. Sin embargo, quedé interesado en ciertas diferencias claves de énfasis y contenido existentes entre ambos tras la aparente similitud, dada por el hecho de tratarse de instancias de una nueva geografía cultural sofisticada, con raigambre teórica (además del hecho de que ambos consideran la cuestión de la utopía, la «heterotopía» y la «geografía»).

El primer trabajo corresponde a Richard Smith, titulado «The end of geography and radical politics in Baudrillard's philosophy» (Smith, 1997). Aporta una fundamentada apreciación de las ideas de Baudrillard acerca de la simulación, la aniquilación por parte del capitalismo tardío de «lo real» en los espacios virtuales del «territorio simulado» y las implicaciones para cualquier tentativa de concebir la «geografía» o la «política radical». Incidentalmente, Smith critica algunas observaciones mías (en Philo, 1992) en relación con lo que Baudrillard podría querer decir a través del término de «la geografía de las cosas», el cual emerge suelto en uno de sus escritos. Smith afirma aquí que mi interpretación (que posiciona a Baudrillard al lado de Foucault, resistiendo los abusos de las «grandes teorías» totalizadoras o «metanarrativas» en nombre de «geografías sustantivas» mundanamente incómodas) es verdaderamente insostenible.

Ciertamente, disiento de Smith en este escrutinio. Sin embargo, las ramificaciones de lo que él acaba sosteniendo en relación con la aparente irrelevancia de la materia concreta, carnal, sucia, del mundo (aunque se trate de una interpretación fiel de Baudrillard) me perturba mucho. Probablemente no lo estoy comprendiendo del todo, pero me deja perplejo su feliz consentimiento con la aparente pérdida de todo tipo de contenido sustantivo por parte tanto de la geografía como de la política radical (sobre como podrían ser ambas concebidas), siendo entonces aprobado, según parece, por el acento retórico que Baudrillard pone en la «multiplicidad de fines y liquidaciones». Soy consciente de que son muchos de los que se pelean con Baudrillard en estos terrenos, así como de su infame reivindicación de la Guerra del Golfo como un acontecimiento que sólo tuvo lugar en la televisión. Sin embargo, mi incomodidad se mantiene en relación con la forma que el propio Smith desarrolla su argumentación en torno a Baudrillard.

Aún más, él parece contentarse con extraer citas de Baudrillard como si ellas fueran relatos precisos de lo que estaría realmente sucediendo estos días en la «sociedad actual hiperreal». Si Baudrillard ha dicho que el mundo real ha desaparecido porque cada uno está sentado en casa viendo la televisión, entonces... ¡esto debe ser verdadero! De forma semejante, Smith repite las afirmaciones tanto de Virilio como de Debord acerca del «fin de la ciudad y el campo», y de Sorokin acerca de la ciudad americana convertida en el no lugar «ageográfico» integrado nada más que por simulaciones (la gran Disneylandia). Smith hace esto sin registrar en absoluto que estas afirmaciones podrían resultar bastante sorprendentes a gran cantidad de gente que lucha para arreglárselas en medio de las ciudades materiales y en el campo donde la realidad mundana

cotidiana (las construcciones, las distancias, las privaciones) nunca es puesta en duda.

Entiendo que éstas son críticas obvias, pero estoy convencido que ellas se imponen cuando nos confrontamos con el trabajo de alguien que (como Smith), a pesar de su brillantez para discutir Baudrillard, parece habitar un mundo extraño de textos desmaterializados, juegos inteligentes de pensamiento, transmisiones electrónicas y simulaciones (e imagina que todo el mundo lo hace así). Resulta por lo tanto revelador que la frase que abre el trabajo de Smith diga lo siguiente: «Ha habido una explosión en la jerga del espacio después del rápido desarrollo de las diversas tecnologías de realidad virtual desde donde *nosotros* adquirimos en forma creciente nuestra experiencia espacial» (Smith, 1997: 305; la cursiva es mía). ¿Pero quienes somos *nosotros*?

El segundo artículo corresponde a Loretta Lees y se titula «Ageographia, heterotopia and Vancouver's new public library» (Lees, 1997). Ofrece un prolongado examen de este nuevo espacio público para Vancouver a la luz, tanto de la noción de «heterotopía» de Foucault (como el sitio potencialmente subversivo de la diferencia), como de la noción de Sorokin de «ageografía» (básicamente como el sitio conservador de la simulación de la semejanza). Realmente disfruté con este texto: una parte de la «teoría menor» se mezcla alegremente con debates teóricos, con opiniones personales y con una detallada exposición de todo lo que se sabe sobre la biblioteca pública de Vancouver (desde «la inmensidad arruinada de su exterior, imitación del Coliseo, hasta el diseño íntimo de la sección de niños»).

En el curso de este escrito Lees se desplaza libremente por una multitud de diferentes dominios materiales e inmateriales. La brutalidad del «estar aquí» de la construcción y sus contenidos son descritos y cartografiados para el lector, mientras que también se presta atención a quién pueda acceder a la biblioteca, haciendo referencia tanto a la exclusión, muy material, de la gente indeseada y sin vivienda por parte de las fuerzas privadas de seguridad, y la clara división entre la biblioteca y la vecindad del distrito de Granville que alberga a muchos de aquellos «niños de la calle y personas sin vivienda». Al mismo tiempo, se documentan los aspectos más inmateriales de los servicios de la biblioteca y, en particular, los informes de Lees en relación con los «espacios intelectuales» (las «ciberondas») de Internet a las que cualquiera puede acceder libremente (beneficiándose de las posibilidades que la biblioteca ofrece en materia de clases de informática).

En el contexto de las líneas de razonamiento que vengo desarrollando en este trabajo, resulta interesante la descripción que Lees hace del «espacio intelectual» dentro de la biblioteca de la siguiente manera: «A pesar de su carácter abstracto e inmaterial, este sitio está directamente relacionado con el sitio material de la biblioteca por el mismo hecho que los recursos en sí mismos, o los recursos de acceso a otros recursos (es decir, los ordenadores) están situados en el edificio de la biblioteca» (Lees, 1997: 341-342). Más aún, ella declara que la biblioteca se «sitúa a caballo del dualismo material e inmaterial», en parte debido a que los dominios del pensamiento, accesibles a través de los

medios de comunicación impresos y electrónicos, tienen una dimensión material de la cual no se puede huir, anclada en libros y ordenadores (dispuestos más en algunas partes del edificio que en otras), cuya disponibilidad no es automática o instantánea para todos.

Esto significa que la aproximación de Lees es mucho más «terrenal» que la de Smith: ella no cae en la ilusión propia de quienes pueden materialmente «hacer surf sobre ondas cibernéticas» creyendo que los abismos, los privilegios y las exclusiones no existen y, como tal, su geografía es mucho más material y llena de substancia (ella sí retiene un sentido del ser «escritura terrenal» que aparentemente Smith desdénia tanto). Esto no hace que su análisis sea menos armónico con dificultades de orden teórico. En la práctica, ella debate asuntos claramente paralelos a aquéllos que preocupan a Smith, a pesar de que, posiblemente, su discusión la deja menos preparada para dejar de plantearse preguntas respecto a las geografías sustantivas y la política radical (incluyendo el cuestionamiento respecto al rol de los espacios públicos en la dotación de autoridad a los no privilegiados).

Cualquiera que fuera el juicio preciso que se pudiera hacer de ambos trabajos, los dos ciertamente son representativos del giro cultural en la geografía humana. Tendría que resultar evidente que el primero (el de Smith) desmaterializa a la geografía, mientras que el segundo (el de Lees) muestra que el nuevo giro cultural de la geografía puede fácilmente «rematerializar» la geografía (aunque en un contexto sensible a las fusiones complejas entre lo material e inmaterial).

Las geografías de-socializadas

En la sección final de mi trabajo voy a ofrecer algunas observaciones más relacionadas con la trayectoria de mi postura desarrollada hasta aquí. Por un lado, se trata de mantener la sintonía con el movimiento dirigido a tomar en serio lo inmaterial al calor del giro cultural, pero, por otro lado, instando a que este movimiento no sea empujado a la conclusión final de la disolución total de lo material (expulsándolo de nuestra nueva geografía cultural).

Si nos retrotraemos una vez más a mi trabajo introductorio en *New Words* (Philo, 1991b), veremos que inmediatamente antes de mi discusión sobre la superación del miedo a lo inmaterial por parte de los geógrafos humanos, también hice algunas especulaciones en torno a algunos retrocesos que ya podían ser detectados en la iniciativa *New Words, New Worlds* y eran descritos de la siguiente manera: «Estoy seguro que algunos sentirán [...] que el proceso que se originó reconsiderando “lo social” ha acabado (de manera suficientemente irónica) produciendo un “giro cultural” en el que “lo social” en sí fue completamente deconstruido» (Philo, 1991b: 3).

En efecto, entonces ya había anticipado un bosquejo de las preocupaciones que ahora presentaré con un poco más de énfasis. Fui apenas el único que decía estas cosas, y por todas partes en *New Words* es posible encontrar este punto desarrollado en formas ligeramente diferentes, por ejemplo, en el trabajo de

Nigel Thrift (1991), donde éste discute la trampa de descender a una preocupación con «mundos verborrágicos», o en el de Michael Keith (1991) y de Peter Jackson (1991), donde se establece claramente la necesidad de dimensionar (por ejemplo) la lucha social y del racismo urbano para seguir firmes en el marco de nuestras investigaciones. En el trabajo de Keith, en particular, es posible presentir en forma notable la discusión del «esencialismo estratégico» de Spivak como una forma de retener un momento materialista (pero no un simplista «encanto con lo real») frente a «una especie de espacialización metafórica de la teoría social ejemplificada en las comprensiones de la cultura anglo-americana de lo urbano» (Keith, 1991: 186). Tal visión lleva luego a Keith a aceptar que «es esencial devolver las categorías analíticas al firme contexto social del racismo» (Keith, 1991: 190).

Deseo hacerme eco de este sentimiento y, en un sentido más básico, quiero subrayar la necesidad (en nuestras formulaciones post del giro cultural) de no desalojar los componentes viscerales sustanciales ni de lo social ni de la geografía social. Lo que quiero decir con esto es que necesitamos mantener nuestra visión atenta a los procesos (deberíamos llamarlos «procesos materiales», aún cuando no sean observables directamente bajo las formas de árboles, caminos y bibliotecas, por ejemplo), los cuales son la materia de las prácticas sociales de la vida cotidiana, de las relaciones y las luchas, que apuntalan la formación de grupos sociales, la constitución de sistemas y estructuras sociales, y la dinámica social de inclusión y exclusión.

Más concretamente (o aún más materialmente), resulta necesario prestar urgente atención a los trabajos mundanos de familias y comunidades (como sea que entendamos tales fenómenos); las batallas para defenderse en la vida cotidiana, para ganar el sustento, para mantener la casa en condiciones, para arreglárselas con los vecinos, para caminar por la calle sin tener miedo; la felicidad y la tristeza de ser una persona con o sin amigos, los grupos con los cuales socializarse, las cosas para hacer, para compartir, para disfrutar, para quejarse, el niño llorando en la calle, el anciano arrastrándose al pub, la madre joven y su cochecito salvando las cunetas de la calle, y así sucesivamente. Estoy seguro que los lectores pensarán quizás que estoy «romantizando lo real», a punto quizás de fetichizar la vida de la clase obrera, típica de muchos de los antiguos sociólogos de izquierda, pero no puedo dejar de sentir que, de alguna forma, el giro cultural en la geografía humana ha conllevado el riesgo de retirar todo este material de nuestra óptica de estudio (tanto desde nuestros enfoques como de nuestras temáticas de análisis).

Ciertamente éste no es el caso, y me complazco con los proyectos muy interesantes que en la actualidad traman estudiar las vidas cotidianas socio-espaciales de grupos tales como los niños, los ancianos, la gente con orientación sexual alternativa, con discapacidades físicas, con problemas mentales y otros temas de este estilo y, aún así, algunas veces me preocupa que la atención del investigador se quede rápidamente colgada en las identidades políticas y en la cultura de las representaciones. Tales comentarios son más provocativos de lo que quisiera, pero aún mantengo aquí una preocupación, una sen-

sación persistente de incomfortabilidad en relación con algo que me parece ser la de-socialización de la geografía (en sintonía con la des-materialización de la geografía que he mencionado previamente). La de-socialización emerge aún cuando las investigaciones se dirijan a temáticas de estudio que aparecen irreductiblemente como «sociales», y aún se utilicen los métodos de investigación cualitativa. Uno podría esperar que con éstos últimos fuera posible investigar minuciosamente dentro de los nudos sociales de las situaciones bajo estudio.

Una discusión adicional se centra en torno a si los geógrafos humanos han pasado de una manera excesivamente ligera en su encuentro con la «sociología» y podría afirmarse que la cantidad de tiempo y energía gastada por los geógrafos humanos en llegar a un acuerdo con los textos clásicos de la sociología (con Marx y sus análisis de clase, con Durkheim, Weber, Parsons, Merton) y, pues, con sus profundas introspecciones dentro de las operaciones de lo social, ha sido realmente muy limitado. Sorprendentemente existen pocos libros o trabajos que expresamente se planteen explorar el terreno posible de alianza entre la geografía humana y la sociología. Me vienen a la cabeza ahora dos o tres trabajos de geógrafos que se han propuesto específicamente esta meta: *Human Geography, History and Sociology*, de Daryll Forde (1939); *The Sociological Aspects of Geography*, de J. Wreford Watson (1951), y *Sociological Models in Geography*, de Ray Pahl (1967) (¿es que podría haber más?).

Es verdad que los años ochenta fueron de largo coqueteo con las ideas de Giddens, quien ciertamente consideró las deliberaciones en torno a la «teoría de la estructuración» como una contribución para rehacer la sociología y es también verdad que varios geógrafos sociales (especialmente David Ley, Peter Jackson y Susan Smith) han considerado cuidadosamente qué es lo que podrían recuperar de la escuela de sociología urbana de Chicago (véase Jackson y Smith, 1984). Debería mencionarse también la obra de Benno Werlen *Society, Action and Space: An Alternative Human Geography* (Werlen, 1993), con su riguroso intento de asegurar los lineamientos de la geografía humana que adopta la postura del «individualismo metodológico» como refractaria de los escritos sociológicos de Parsons, Popper, Schutz y otros.

Pero, aún así, sostendré la afirmación que los encuentros de la geografía humana con la sociología (y por lo tanto con la «imaginación sociológica» de Mill) han sido verdaderamente bastante desiguales y, como resultado, existen vacíos en los fundamentos de la geografía social, mientras que el encuentro actual con los estudios culturales (con todos sus aspectos, desde el análisis cultural más sencillo hasta la crítica literaria cultural más esotérica) ha sido mucho más vigoroso, comprensivo y productivo en el sentido de lanzar una nueva geografía cultural. ¿Quizás se deba esto al hecho que el giro cultural haya conducido en forma relativamente fácil a la evaporación de lo que muchos de nosotros alguna vez entendimos como geografía social? Es decir, ¿la destitución de algo (aunque no de forma totalmente consciente ni ciertamente maliciosa) que podría haber sido central a los objetivos de la geografía humana contemporánea?

Mucho podría decirse al elaborar estas afirmaciones. Por ejemplo, mientras que le otorgamos gran valor a textos de la importancia del de Steve Pile y Nigel Thrift, *Mapping the Subject: Geographies of Cultural Transformation* (Pile y Thrift, 1995), es significativo que el subtítulo hable de la «transformación cultural» más que de la «transformación social». Más aún, supongo que el capítulo que he escrito con Hester Parr (Parr y Philo, 1995) es uno de los pocos en la colección que es un trabajo de «geografía social». Éste se enfrenta con lo que podría ser proyectado como los aspectos de una sociología un poco mundana relacionados con la forma como la gente construye sus identidades frágiles en los espacios sociales de la ciudad, fuera de los recursos disponibles para ellos en y a través de los vaivenes de las situaciones sociales cotidianas, interacciones, inclusiones y exclusiones (sin que esto de ninguna manera signifique sugerir que este capítulo es superior a los otros).

El texto de David Sibley (Sibley, 1995a), «Families and domestic routines», en la construcción de la niñez también contiene elementos de la sociología mundana. En el mismo se discute acerca de las geografías microsociales de los espacios en los hogares (los dormitorios, las salas de estar y las sillas favoritas). Resulta interesante que Sibley provea un marco explicativo que debe mucho más al psicoanálisis (a Kristeva y a «la relación objetiva con la teoría») y no tanto a la sociología como disciplina. Nuevamente esto no es, de ninguna manera, una crítica. Yo (como muchos otros) he encontrado que el giro hacia el psicoanálisis en una gran cantidad de trabajos resulta convincente e interesante. Alimenta las investigaciones de Sibley, tanto aquí como en su espléndido volumen *Geographies of Exclusion: Society and Difference in the West* (Sibley, 1995b). Todavía me pregunto si no había algo más de gran valor presente en su trabajo inicial, especialmente en la ruptura que supuso *Outsiders in Urban Societies* (Sibley, 1981), donde tomaba una mezcla de ideas de la sociología (aspectos de la sociología de la educación de Bernstein, rasgos de la sociología weberiana adaptada por Parkin, una crítica tomada de la teoría de la modernización, elementos de la antropología social tales como el par «sagrado/profano» de Douglas con influencias de Durkheim, etc.) para dar forma a sus pensamientos en relación con el mundo de los viajeros, «gitanos» y otros «forasteros» (ambos estructurados desde afuera y vividos desde adentro).

Muy recientemente he recogido un texto acerca de las teorías de Weber en relación con la «clausura social» (Murphy, 1988), y también leí un texto en el cual Jim Mac Laughlin (1995) despliega la noción de «clausura» en el estudio de las geografías afines a los viajeros irlandeses y el racismo antiviajero, y ello me ha llevado a retomar aquellos ingredientes más sociológicos de la obra más temprana de Sibley. Aún más, las obras de Sibley me han instado a preguntarme si sería de interés recuperar tales ingredientes, sacudiéndolos y viendo qué es lo que éstos pueden dar a la luz del más reciente giro psicoanalítico. (Me pregunto qué es lo que Sibley mismo diría al respecto: ¿creerá que aún existe un ángulo sociológico en su geografía, o es que su cambio hacia los materiales psicoanalíticos fueron provocados por su descontento con los materiales sociológicos?)

Reflexiones finales

El útil editorial de Andrew Leyshon en *Environment and Planning A* (Leyshon, 1995) permite presentar algunas reflexiones finales. Leyshon se pregunta: «¿Qué pasó con la geografía de la pobreza?». Como consecuencia de esto sugiere que el Grupo de Estudio de Geografía Cultural y Social, con su compilación *New Words*, estaba llegando demasiado lejos con cierto tipo de aproximación (el giro cultural) que conducía a un olvido de aspectos que muchos consideraban fundamentales, inevitables e incómodos, tales como la geografía de la pobreza. La crítica desarrollada de forma más amplia por Leyshon fue (y es) legítima, y obviamente, está a tono con mi propia línea de razonamiento aquí, a pesar de que en su momento fue a una observación fuera de lugar.

En el año 1995 también se publicó *Off the Map: The Social Geography of Poverty in the UK* (Philo, 1995), una compilación que he editado en nombre del Grupo de Estudio Social y Cultural y que fue publicada por el Grupo de Acción contra la Pobreza Infantil (*Child Poverty Action Group*) con base en Londres (quien encargó el proyecto al Grupo). No quiero sugerir que esta fue una obra particularmente destacable, a pesar de haber hecho un trabajo razonable al recuperar una perspectiva geográfica en el estudio de la pobreza y, al mismo tiempo, traer un conjunto de ensayos bien contruidos dirigidos al tratamiento de la pobreza, de las necesidades y las desigualdades en diferentes escalas espaciales y en diferentes tipos de ambientes en toda Gran Bretaña. Desde mi punto de vista, este ejercicio básico de geografía social resulta un componente absolutamente crucial para cualquier empresa global en la geografía humana.

Sé que antes, en los inicios de los años setenta, David Harvey se quejaba por la continua documentación de las desigualdades socioespaciales considerándola un ejercicio «masturbatorio» (Harvey, 1972). Harvey pensaba que teníamos suficientes estudios descriptivos del «bienestar» y que, en su lugar, necesitábamos ofrecer más explicaciones de carácter teórico (marxistas, por ejemplo) para revelar los patrones de desigualdad. Sin embargo, queda como tarea indispensable para los geógrafos continuar trazando las desigualdades socioespaciales (después de todo, toda sociedad está continuamente reinventando sus desigualdades y su disposición espacial, de manera que su guía continua es esencial para construir una sociedad caracterizada por lo que podría llamarse «consciencia geográfica»). Sean cuales fueran las reivindicaciones precisas a hacer aquí, realmente deseo destacar el entusiasmo del Comité del Grupo de Estudio para involucrarse en este proyecto con el Grupo de Acción contra la Pobreza Infantil. Esto no suponía ningún tipo de recompensas, ni financieras ni de prestigio, pero el Comité, el mismo Comité que estaba involucrado en llevar a cabo la iniciativa, no ponía en duda el valor del uso relativamente simple de las habilidades sociogeográficas para desenredar el «mapa» de los ricos y pobres en Gran Bretaña.

Ésta resulta ser una advertencia contra las críticas irreflexivas realizadas al Grupo de Estudio (ahora de Investigación) Social y Cultural, y probablemen-

te también contra muchos otros que, con el giro cultural de la geografía humana, acaban por zambullirse de forma irresponsable e indulgente dentro de las profundidades nada misteriosas de las políticas de identidad cultural y de la «astuta» teoría francesa. También es una advertencia contra las acusaciones reaccionarias dirigidas a los nuevos geógrafos culturales por ser irreflexivamente irresponsables olvidándose de todo menos de sus egos, de los caminos de su carrera y de los juegos de poder institucional (y existe también un número de ataques salvajes por allí, rodeándonos, principalmente bajo formas todavía no publicadas). Lo que también esto señala es que, a pesar de mis propios miedos acerca de la existencia de un impulso respecto a la des-materialización y de-socialización de la geografía humana que creo debe acompañar al giro cultural, en la práctica el proyecto global (que debería ser referenciado como «geografía social y cultural») continúa siendo mucho más de lo que los críticos podrían sugerir.

Aún más, este proyecto continúa teniendo un carácter diverso, vivo, vivaz, realmente tolerante, en el cual (al menos como lo entiendo yo) aquéllos que se hayan inclinado hacia los fines más extremos del giro cultural se sientan complacidos con el hecho de que el trabajo continúe siendo realizado en la línea de un texto como el *Off the Map*. Desde una posición personal, por lo tanto, quiero «dejar que cientos de flores florezcan»: para permitir y aún promover, de forma activa, una geografía humana contemporánea que acompañe todo un abanico de posibilidades para tratar con lo material y lo inmaterial, lo social y lo cultural. Más aún, seguiré considerándome feliz en la medida en que este ámbito de la investigación en geografía humana incluya estudios que (extrayendo su inspiración de todo el movimiento del giro cultural) continúen abrazando lo material y lo social y, por lo tanto, resistiendo toda des-materialización y de-socialización dogmática de la disciplina.

Reconocimientos

Quisiera agradecer a todos aquéllos que han leído y comentado este texto, especialmente a Eric Laurier, Hester Parr y Joanne Sharp. Desearía también agradecer a los participantes de la Conferencia de Oxford por sus amables comentarios y críticas constructivas, especialmente a M. Dolors Garcia Ramon. Y también quisiera agradecer a Abel Albet por invitarme a contribuir en esta revista a través del presente trabajo.

Bibliografía

- BALE, J.; PHILO, C. (eds.) (1988). *Body Cultures: Essays on Sport, Space and Identity by Henning Eichberg*. Londres: Routledge.
- BARNES, T.; GREGORY, D. (eds.) (1997). *Reading Human Geography: The Poetics and Politics of Inquiry*. Londres: Arnold.
- BARNETT, C. (1997). «“Sing along with the common people”: politics, postcolonialism and other figures». *Environment and Planning D: Society and Space*, 15, p. 137-154.

- BLUM, H.; NAST, H. (1996). «Where's the difference? The heterosexualisation of alterity in Henry Lefebvre and Jacques Lacan». *Environment and Planning D: Society and Space*, 14, p. 559-580.
- BRUNHES, J. (1920). *Human Geography: An Attempt at a Positive Classification (with Principles and Examples)*. Londres: Harrap.
- CLOKE, P.; PHILO, C.; SADLER, D. (1991). *Approaching Human Geography: An Introduction to Contemporary Theoretical Debates*. Londres: Paul Chapman.
- DD.AA. (1991). «De-limiting human geography: new social and cultural perspectives». En PHILO, C. (ed.). *New Words, New Worlds: Reconceptualising Social and Cultural Geography*. Lampeter: St. David's University College (Social and Cultural Geography Study Group), p. 14-27.
- FORDE, D. (1939). «Human geography, history and sociology». *Scottish Geographical Magazine*, 55, p. 217-235.
- GREGORY, D. (1994). *Geographical Imaginations*. Oxford: Blackwell.
- (1995). «Lefebvre, Lacan and the production of space». En BENKO, G.B.; STROHMAYER, U. (eds.). *Geography, History and Social Sciences*. Dordrecht: Kluwer, p. 15-44.
- (1997). «Lacan and geography: the production of space revisited». En BENKO, G.B.; STROHMAYER, U. (eds.). *Space and Social Theory: Interpreting Modernity and Postmodernity*. Oxford: Blackwell, p. 203-231.
- HARVEY, D. (1972). «Revolutionary and counter-revolutionary theory in geography and the problem of ghetto formation». *Antipode*, 4 (2), p. 1-13.
- JACKSON, P. (1991). «Repositioning social and cultural geography». En PHILO, C. (ed.). *New Words, New Worlds: Reconceptualising Social and Cultural Geography*. Lampeter: St. David's University College (Social and Cultural Geography Study Group), p. 193-195.
- JACKSON, P.; SMITH, S.J. (1984). *Exploring Human Geography*. Londres: Allen and Unwin.
- JOHNSON, R.J.; GREGORY, D.; SMITH, D.M. (eds.) (1994). *The Dictionary of Human Geography*. Oxford: Blackwell [tercera edición].
- KATZ, C. (1996). «Towards minor theory». *Environment and Planning D: Society and Space*, 14, p. 487-499.
- KEITH, M. (1991). «Knowing your place: the imagined geographies of racial subordination». En PHILO, C. (ed.). *New Words, New Worlds: Reconceptualising Social and Cultural Geography*. Lampeter: St. David's University College (Social and Cultural Geography Study Group), p. 178-192.
- KROPOTKIN, P. (1885). «What geography ought to be». *The Nineteenth Century*, 18, p. 940-956.
- LEES, L. (1997). «Ageographia, heterotopia and Vancouver's new public library». *Environment and Planning A*, 27, p. 321-347.
- LEYSHON, A. (1995). «Missing words: whatever happened to the geography of poverty?». *Environment and Planning A*, 27, p. 1021-1028.
- MACLAUGHLIN, J. (1986). «Stated-centred social science and the anarchist critique ideology in political geography». *Antipode*, 18, p. 11-38.
- (1995). *Travellers and Ireland: Whose country, whose history?* Cork: Cork University Press.
- MITCHELL, D. (1995). «There's no such thing as culture: towards a reconceptualisation of the idea of culture in geography». *Transactions. Institute of British Geographers*, 20, p. 102-116.

- MURPHY, R. (1988). *Social Closure. The Theory of Monopolisation and Exclusion*. Oxford: Clarendon Press.
- PAHL, R.E. (1967). «Sociological models in geography». En CHORLEY, R.J.; HAGGET, P. (eds.). *Models in Geography*. Londres: Methuen, p. 217-242.
- PARR, H.; PHILO, C. (1995). «Mapping 'mad' identities». En PILE, S.; THRIFT, N. (eds.). *Mapping the Subjects: Geographies of Cultural Transformation*. Londres: Routledge, p. 198-226.
- PEET, R. (1998). *Modern Geographical Thought*. Oxford: Blackwell.
- PHILO, C. (ed.) (1991a). *New Words, New Worlds: Reconceptualising Social and Cultural Geography*. Lampeter: St. David's University College (Social and Cultural Geography Study Group).
- (1991b). «Introduction, acknowledgements and brief thoughts on older words and older worlds». En PHILO, C. (ed.). *New Words, New Worlds: Reconceptualising Social and Cultural Geography*. Lampeter: St. David's University College (Social and Cultural Geography Study Group), p. 1-13.
- (1992). «Foucault's geography». *Environment and Planning D: Society and Space*, 10, p. 137-161.
- (ed.) (1995). *Off the Map: The Social Geography of Poverty in the UK*. Londres: Child Poverty Action Group.
- PILE, S.; THRIFT, N. (eds.) (1995). *Mapping the Subject: Geographies of Cultural Transformation*. Londres: Routledge.
- ROSE, G. (1997). «Situating knowledges: positionality, reflexivities and other tactics». *Progress in Human Geography*, 21, p. 305-320.
- SIBLEY, D. (1981). *Outsiders in Urban Societies*. Oxford: Blackwell.
- (1995a). «Families and domestic routines: constructing the boundaries of childhood». En PILE, S.; THRIFT, N. (eds.). *Mapping the Subject: Geographies of Cultural Transformation*. Londres: Routledge, p. 123-142.
- (1995b). *Geographies of Exclusion: Society and Difference in the West*. Londres: Routledge.
- SMITH, R. G. (1997). «The end of geography and radical politics in Baudrillard's philosophy». *Environment and Planning D: Society and Space*, 15, p. 305-320.
- THRIFT, N. (1991). «Over-wordy worlds? thoughts and worries». En PHILO, C. (ed.). *New Words, New Worlds: Reconceptualising Social and Cultural Geography*. Lampeter: St. David's University College (Social and Cultural Geography Study Group), p. 144-148.
- (1996). *Spatial Formations*. Londres: Sage.
- WATSON, J. W. (1951). «The sociological aspects of geography». En TAYLOR, G. (ed.). *Geography in the Twentieth Century: A Study of Growth, Fields, Techniques, Aims and Trends*. Londres: Methuen, p. 463-499.
- WERLEN, B. (1993). *Society, Action and Space: An Alternative Human Geography*. Londres: Routledge.
- WRIGHT, J.K. (1947). «*Terrae incognitae*: the place of the imagination in geography». *Annals of the Association of American Geographers*, 37, p. 1-15.